

Paulina Peralta C.
¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de Septiembre (1810-1837).
Santiago, LOM Ediciones, 2007. 210 páginas.

Ad portas de la celebración del Bicentenario de la Primera Junta de Gobierno, el trabajo de Paulina Peralta, una joven historiadora, toma un realce sustantivo dentro de la amplia gama de ensayos que han abordado últimamente los temas referentes a la construcción de la nación chilena. Enmarcado en una línea que oscila entre las dimensiones políticas y sociales, el estudio sobre el origen del 18 de Septiembre como fiesta nacional posee como finalidad mostrar una manera de hacer nación desde arriba, convirtiendo un acto puramente cívico potenciado por las elites, en una herramienta constructora de la nacionalidad chilena. Dentro de este tema, el estudio de Peralta es en sí novedoso, al tomar como su objeto de análisis un aspecto específico e identitario como la celebración del 18 de Septiembre y esbozarnos su raigambre histórica.

Mediante el uso de fuentes oficiales –llámese oficios de Intendencias y documentación política-, como también de periódicos, relatos de viajeros

y descripciones festivas, la autora nos inserta en la realidad de inicios del siglo XIX, en los momentos en que nación necesitaba legitimarse, para lo cual utilizaba diferentes mecanismos con el objeto de “crear una comunidad”. La unidad del terreno, las costumbres, los símbolos y también las fiestas pasan a ser mecanismos que usarán las elites para crear este sentimiento de comunidad y en contrapartida, legitimar el régimen que ellas mismas estaban imponiendo. Porque en estas fiestas participaba el llamado “bajo pueblo”, aquel sector de la sociedad no ilustrado, a los que se les daba un espacio a fin de que se empaparan con este sentimiento nacional; se les “educaba cívicamente” con estas acciones. Ahora, ¿cómo fue que esta fecha llegó a triunfar como la fiesta nacional principal?

Tres eran las celebraciones que se estilaban en el Chile decimonónico independiente. El 12 de Febrero, el 5 de Abril y el 18 de Septiembre convergían en una multiplicidad festiva.

Cada una tenía su marco simbólico: independencia, consolidación y regeneración política, respectivamente. Sin embargo, con el correr de los años, diversos problemas de fondo y de forma se fueron suscitando con la celebración de estas festividades. La confusión del simbolismo de las fiestas, sumado a problemas con las fechas –por ejemplo, el 5 de Abril coincidía con la semana santa-, como también discursos moralizantes tendientes a regular el ocio y pérdidas económicas para las elites, llevaron a que se concentraran las celebraciones en una sola fecha: el 18 de Septiembre pasó, en 1837, por un decreto oficial, a consolidarse como la fiesta preponderante y como el mecanismo en que las elites focalizarán su atención para aglutinar al pueblo.

El recorrido por este proceso de consolidación de esta fiesta, descrito por la autora, no deja de ser fascinante y a la vez, coyuntural con el contexto en el cual se inserta. Partiendo por una introducción teórica sobre la trascendencia de la fiesta en las sociedades –destacando los aportes de Isabel Cruz, Joseph Pieper y Juan Pedro Viqueira sobre el tema-, y analizando a fondo el desarrollo y consolidación del 18 de Septiembre como fiesta nacional, este trabajo posee la particularidad de no quedarse sólo en el ámbito político, sino que buscar sucesivamente respuestas sociales a las pautas que la elite consignaba para conseguir sus objetivos de crear la nación. Tradición y novedad se con-

jugar en este proceso: la fiesta, un elemento tradicional de la colonia (la autora argumenta que el número de feriados por días festivos era antaño, escandaloso) culmina concentrando una serie de espacios y prácticas que aglutinarán a la nación.

Uno de los aciertos de este libro es describir con precisión cada práctica que se inserta en el desarrollo de esta fiesta nacional. Desde todo el ceremonial previo a la fiesta: blanqueamiento de las casas, empedrado de caminos; pasando por los momentos de júbilo de la población representados por los fuegos artificiales, el teatro. Cabe destacar que todas estas acciones eran financiadas por el cabildo, por lo que esto apoya la tesis de la fiesta como un elemento de construcción de la nación desde arriba, a diferencia de otras experiencias –como la alemana expuesta por la autora- en las cuales, la nación es creada desde las bases. Toda esta discusión se ve bien fundamentada en la discusión bibliográfica referente al concepto de nación –siguiendo la línea de Benedict Anderson, Eric Hobsbawm y Alfredo Jocelyn-Holt principalmente- y su utilización en la personalización de la América Latina decimonónica.

Este concepto de festividad cívica es trascendente en la medida en que encarna los valores republicanos que las elites buscaban divulgar para crear la nación. La libertad, igualdad y fraternidad, principios bases de la revolución, se expresan en acciones concretas en las vísperas de esta festi-

vidad. Obras de beneficencia a hogares, indultos, auxilios a las viudas del Ejército, como también estrenos de nuevos símbolos patrios, eran acciones destinadas a la consolidación de un concepto, que la autora reconoce como básico de este sentimiento nacional: el crear comunidad. Todo esto además, se legitimaba con el apoyo del poder eclesiástico: la Iglesia realizaba una ceremonia para conmemorar esta festividad.

Cabe destacar la postura crítica que la autora toma con sus fuentes. La amplitud y vastedad de documentos que ocupa le permite ponerlas en constante diálogo y dejar entrever en ellas sus cuestionamientos y propias opiniones. Notable es el pasaje en el cual se refiere al cuestionamiento que Ramón Mariano de Aris hace sobre el financiamiento de las fiestas por parte del Estado¹ ¿Fue realmente esta

crítica fundada en la realidad o en el disgusto del autor para con el gobierno? Es aquí en donde el ojo crítico de la historiadora nos hace la salvedad necesaria de leer “entre líneas” la información presentada en las fuentes. Esto se le hace posible realizarlo, dado que su trabajo está basado en fuentes, las cuales predominan antes que la bibliografía sobre el tema, la cual se avisoría escasa. Los anexos que incluye al final de la obra —y que son fuentes de la época— apoyan la idea anterior.

Si bien la obra oscila en sus tres primeros capítulos en el ámbito de la fiesta propiamente tal y en su evolución histórica, en el cuarto encontramos una aproximación mayor al ámbito popular: el tema de las chinganas. El pueblo, al participar en estos actos hacía que aquellas tomaran esta forma tan popular y transformaba a sus actores en sujetos nacionales. Esto comprueba el carácter híbrido de estas celebraciones; por un lado, son actos oficiales propugnados por las elites y por el otro, pasan a ser festividades de carácter informal, espontáneas, en las cuales el pueblo se relaja y el ocio aflora.

Creo que tras la lectura y el recorrido por esta práctica decimonónica de hacer nación que la autora nos presenta, los objetivos del libro están plenamente alcanzados. En el marco de las prácticas de las elites —la autora aquí sigue claramente la tesis de Ana María Stuvén— crear la nación es una responsabilidad que este grupo asume. De aquí que esta fiesta sea oficial:

1 Sobre este pasaje, Peralta sostiene: *“Es necesario hacer un alcance sobre las opiniones vertidas por Aris en su correspondencia. Él se reconocía abiertamente como o’higginista, razón por la cual, se oponía al gobierno imperante en ese entonces. Por tanto, sus cartas se caracterizan por el repudio que sentía hacia el organismo estatal y todas las acciones emprendidas por este. De ahí que gran parte de los juicios sean agudas críticas hacia la manera en que se estaba conduciendo el país.”* Paulina Peralta. *¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de Septiembre (1810-1837)*. Santiago, LOM Ediciones, 2007, pág. 74.

su financiamiento y sus planificaciones corren por parte del aparato gobernante. Sin embargo, nos planteamos la siguiente interrogante, ¿cómo solucionar el problema existente entre la pasión por el orden que buscaban las elites y el ocio, la libertad y el relajamiento de costumbres –según una comparación con el carnaval medieval usada por la autora- que estas fiestas generaban? Si bien esta idea de inversión de mundo, al estilo carnavalesco, no nos parece del todo explícita en las fuentes, el control de la elite por sobre las fiestas funciona también a modo disciplinador y legitimador: el 18 de Septiembre sucesivamente será recordado como la fiesta cívica nacional, y es la que *“calzaba mejor con la imagen de una nación gobernada bajo el imperio de las leyes, del orden y la tranquilidad.”*²

El relato de Pereira funciona en cuanto a que describe un tema inexplorado por la historiografía chilena. Funciona también, en cuanto incorpora un amplio cúmulo de fuentes, aunque extrañemos cierta bibliografía que pudiera ayudar en su análisis, lo cual puede deberse a lo novedoso de su esquema. Funciona en que nos da otra de las innumerables pruebas del

control de la elite decimonónica, y de su idea e imagen de nación en el siglo XIX. Es un trabajo innovador, pero no totalizante sobre el tema. Aborda la perspectiva desde un conjunto, pero no de individuos. Abre una línea de investigación, pero no la cierra. La nación sigue entonces siendo un tema que se repiensa en estos tiempos, que se aborda desde diferentes perspectivas, y que se complementa con nuevos estudios.

Finalizando, estamos frente a la primera publicación de una historiadora joven, la cual con una soltura narrativa nos insertó en un mundo notablemente bien ceñido a las fuentes. La potencia argumentativa se ve sustentada dado lo anterior, lo cual, sumado al uso de fuentes visuales, hacen de su texto un relato completo, agradable y llano al lector, quien tras su lectura proyectará lo leído hacia el acontecimiento que nos esperará en unos pocos meses más: la fiesta nacional del 18 de Septiembre.

NICOLÁS LASTRA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE

2 Peralta, Op. Cit. Pág. 83.